

REQUIEM POR UN MONTAÑERO

CUANDO DESCENDIA DEL PICO DE LA MOSTAYAL FUE ALCANZADO POR UN RAYO

SE llamaba José Manuel Valdés de la Vega. Había nacido en Gijón y era un mozo de veintinueve años, casado y padre de dos hijos.

El domingo pasado, en la sierra del Aramo, cuyas crestas se divisan desde Oviedo, este joven montañero — de gran estirpe de alpinistas — perdió su vida cuando descendía del pico denominado Mostayal, a 1.300 metros de altitud, al ser alcanzado por un rayo.

Siempre lo secundario. La fatalidad del imprevisto. Porque el montañero gijonés era un escalador de firmes piernas, de equilibrio y músculo. Se conocía la sierra del Aramo porque cuatro años antes había realizado con éxito la misma escalada al pico de la Mostayal.

El domingo, mientras su familia veraneaba en León, el montañero quiso repetir la excursión. Parece ser que sobre las cuatro de la tarde, él y sus dos acompañantes, Fermín Braña y Fernando Díaz, improvisaron el descenso al observar que se acercaba una tormenta.

Buscaron pronto refugio en unas peñas próximas, donde divisaron un cobertizo. José Manuel se había quedado rezagado, a pocos pasos de sus compañeros, cuando fué alcanzado por un rayo. Los tres montañeros quedaron tendidos sobre las rocas mojadas. Uno de ellos recobró el conocimiento y se dispuso a auxiliar a los dos que permanecían cara al cielo, sobre las mochilas. Al verlos quemados pensó repentinamente que estaban muertos; pero en ese momento uno de ellos recobraba también el conocimiento. José Manuel estaba sin vida.

Con el cristiano comportamiento propio de los montañeros, taparon el cuerpo del compañero e iniciaron el descenso en busca del poblado más próximo, denominado La Baza, a dos horas y media de

camino por entre difíciles riscos.

Unos pastores les acogieron en su vivienda, auxiliándoles, puesto que los dos montañeros supervivientes iban heridos de quemaduras. Mientras tanto, las autoridades del vecino poblado de Peñerudes comenzaron a reclutar gente del lugar nada más tener noticia del suceso. La expedición salió al mando del cabo de la Guardia Civil con algunos números. Para rescatar el cadáver iban provistos de cuerdas, mantas, bastones y linternas. Y de un guía, gran conocedor del terreno, llamado César Riestra, empleado de la Fábrica de Mieres.

Sobre la una de la madrugada volvían los componentes de la expedición con el cadáver del infortunado montañero rescatado de aquellos riscos del Aramo. * * *

En estos momentos se ha inaugurado ya en la Vega del Enol, en tierras de Covadonga, el campamento internacional de montaña, al que concurren montañeros de todo el mundo. Imaginate, lector, la impresión tan profunda que han recibido estos deportistas. Ya puedes suponértelo. El capellán ha dicho a los alpinistas que las misas que se celebren estos días en el campamento serán aplicadas por el alma del montañero gijonés.

No creas que son frecuentes estos trágicos accidentes en la historia del alpinismo astur. Un cronista que se conoce bien los picos de Europa asegura que se han registrado sólo cuatro víctimas en cuarenta años.

Sobre los modernos accidentes, los que ocasionan la mecanización y la industrialización de la vida de nuestro tiempo — corredores de automóviles, pilotos de aviación en pruebas de vuelo, escapes de gas de la cocinilla de un apartamento — persistirán siempre los accidentes anti-

guos, que vienen repitiéndose desde que apareció el hombre sobre la corteza terrestre. Estos son los ahogados en el mar, los heridos por un arma, los derribados violentamente por una caballería o los que han perdido la vida al ser alcanzados por un rayo.

Por mucho que las modernas civilizaciones enmascaren la corteza terrestre con asfalto y hormigón armado, el hombre no pierde su instinto telúrico. Lo lleva dormido en el alma. Es inútil que se levanten en muy poco tiempo — casi mientras la Humanidad duerme bajo las estrellas — rascacielos de veinte pisos en un lugar donde antes había un extenso coto de caza. O que las grandes industrias desplacen con sus ambiciosas instalaciones rebaños de ganado que desde hacía varios siglos pastaban en campos tan pacíficos que parecía — visto en conjunto — paisaje de la primera mañana de la creación del mundo. Ni que la construcción de un pantano transforme caprichosamente la orografía de una región.

A través de la tierra, de los profundos cementos de los almacenes, de lo más hondo de los ríos cegados, sobre cuyos cauces pasan caravanas de camiones con mercancías; por debajo de los hornos infernales donde cuece el caldo de hierro fundido, saldrá siempre la voz profunda del atavismo, y el hombre oírá donde se encuentre — en cualquier caja de cemento llamada piso 22 — el reclamo de más de mil generaciones de antepasados y volverá al encuentro con la Naturaleza.

Este montañero gijonés, José Manuel Valdés de la Vega, escuchó la voz que salía de lo más profundo de la tierra y acudió al encuentro con la muerte por el camino más corto, que siempre pasa por las estrellas.